



PERIODICO EVANGÉLICO, CIENTÍFICO E ILUSTRADO

Año XLX

Figueras, Junio de 1935

Número, 584

Redacción y Administración:

Calle de D. Pedro III, 39

Se publica

una vez al mes

Suscripción anual:

ESPAÑA, 1'50 pesetas :: EXTRANJERO, 2'50 pesetas

VIDA DE GRANDES HOMBRES

EL DESPERTAR DE JUAN BUNYAN

El año 1628, nació un niño al que sus padres, Tomás y Margarita Bunyan, dieron el nombre de Juan. Los padres ni siquiera soñaron que la criaturita con la cual Dios había bendecido su hogar, estaba destinada a ser el autor de «El Peregrino», obra de tanto prestigio, conocida y leída en todas partes del mundo, pues aparte de la Biblia, no hay ningún libro que haya sido tan traducido.

Es probable que en su niñez Juan Bunyan se detendría muchas veces al lado del camino que pasaba por su casa situada en la aldea de Elstow, y vería a los viajeros que pasaban por allí en camino a Londres (la gran ciudad que él no había visto) y de regreso. Campesinos y campesinas cabalgados en sus pesados caballos; soldados guarnecidos con corazas y yelmos, llevando sobre la espalda los cañones que se usaban en aquella época. Juan vió y observó todas esas escenas y las atesoró en su memoria. El severo maestro que instruí a los niños y niñas de Elstow era muy ignorante y Juan sacó poco provecho de sus enseñanzas. Pero aprendió mucho de lo que no vió en el campo y entre sus convecinos.

Pero si aprendió tan poco de lo que le enseñó su maestro y lo poco que aprendió lo olvidó enseguida, ¿cómo fué que pudo llegar a ser tan gran escritor y producir libros que jamás pasarían al olvido?

¿Cómo fué eso? Ello se debió a que si bien es cierto que se olvidó de las lecciones que le enseñaron, retuvo bien en la memoria los capítulos de la Biblia que aprendía.

Se cree que su mamá era una mujer piadosa, de tierna y amable disposición, y su hermana era ciertamente una niña muy buena. Con ella jugaba en sus momentos de buen humor. Dios emplea a aquellos a quienes ama. Juan Bunyan tenía muchos defectos y un espíritu voluntarioso, y el Señor le trató como se merecía.

A los diez y seis años de edad experimentó Juan su primera gran pena. Su buena madre falleció, y un mes más tarde murió también su hermana. Al mes del deceso de su hermanita, su papá llevó a la casa otra mujer para que fuese su madastra y ocupase el lugar

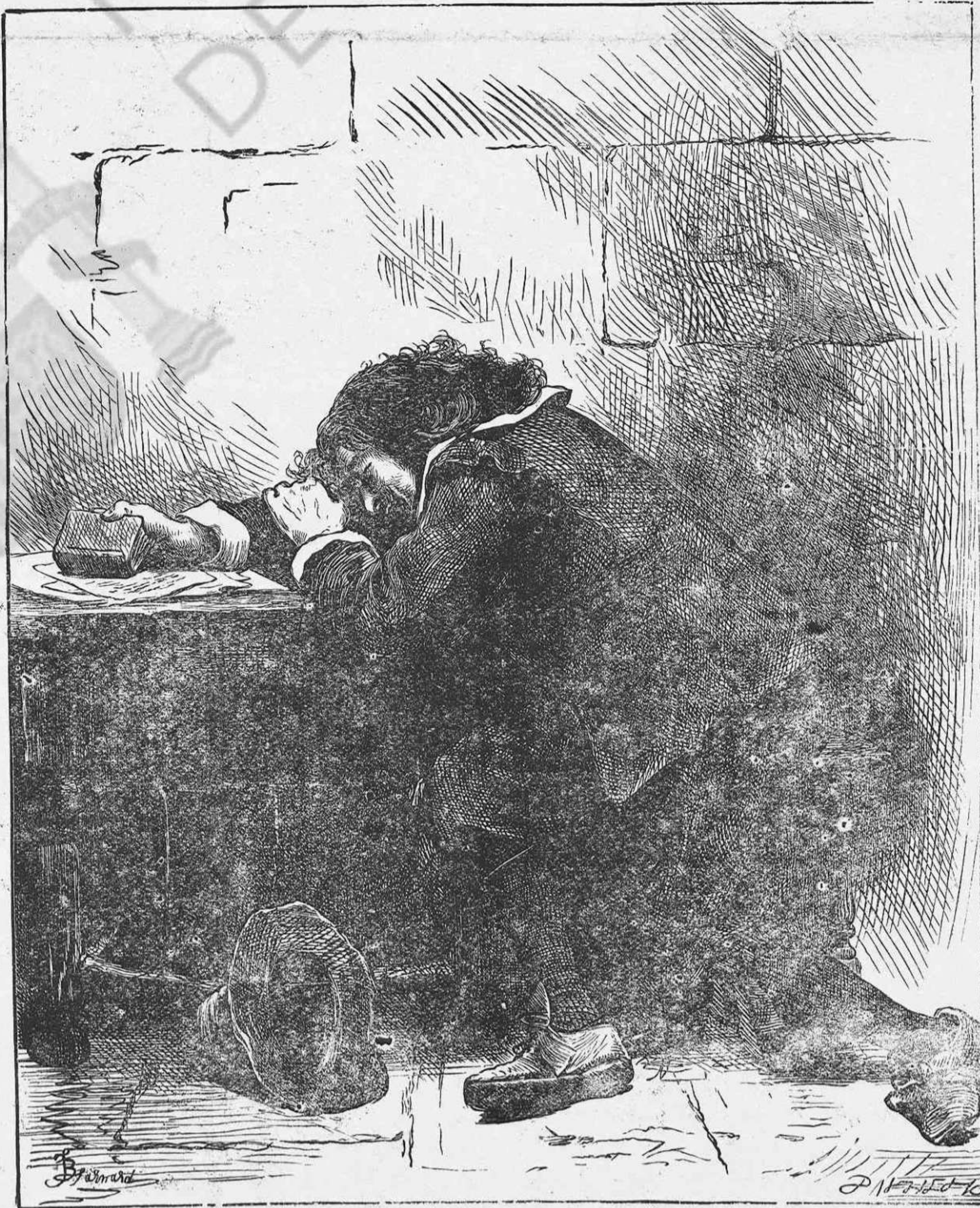
dejado vacante por su mamá. Pero para Juan no había nadie que pudiese reemplazar a su mamá.

Al principio estuvo tan abandonado a causa de la pérdida sufrida, que no se preocupaba por nada ni por nadie. Después se entregó al abandono. No había nadie que realmente le amase, nadie que se preocupase de su destino. Lo único que deseaba era divertirse, y no pensaba en nada más.

Un día estaba en un bote en el río Ouse y dió un resbalón que lo hizo caer al agua. El pobre joven se hundió como un tronco. Sus compañeros tuvieron gran dificultad en salvarle, pero no cabe duda de que esa experiencia contribuyó a que comenzase a pensar con seriedad acerca de la importancia de la vida.

¿Que habría sucedido si se hubiese ahogado? ¿A dónde habría ido su alma? Sin embargo, pocas semanas después, seguía tan mundano y descuidado acerca de su alma como antes.

Un día andaba por el campo en compañía de dos o tres de sus amigos, tan libertinos como él, cuando vieron una víbora atravesada en



el camino. Los otros jóvenes se alejaron instintivamente, pero Juan Bunyan se echó a reír.

—¿Tienen miedo?—preguntó—yo le quitaré el veneno así con mis manos desnudas.

Atontó a la serpiente golpeándola con un palo y luego le sacó con los dedos la ponzoña. Años después solía estremecerse al recordar su temeridad. Dios le había librado de la muerte dos veces. —Le había dado otra oportunidad—y sin embargo continuó su vida libertina y depravada.

Por tercera vez estuvo a punto de morir. Esta vez también se encontraba en una embarcación que navegaba en el mar. Se había embarcado en un buque de carga que hacía carrera por la costa con destino a Bedford, viaje que en aquellos tiempos era muy peligroso. No se sabe si resbaló o si fue la sacudida de la nave lo que le hizo caer, lo cierto del caso es que de repente se encontró luchando desesperadamente con las olas, y habría perecido ahogado si los demás tripulantes no hubiesen hecho esfuerzos sobrehumanos para salvarle.

Tres veces había sido salvado de la muerte, y sin embargo no quiso ceder.

Juan Bunyan se casó muy joven. Su joven esposa le dijo:

—Somos muy pobres, no tenemos fuentes ni cucharas, y no tengo nada que darte sino estos dos santos libros que me dió mi padre; pero si seguimos sus enseñanzas seremos dichosos.

Juan Bunyan tomó en sus manos los dos libros y los miró. El primero era un tomo pequeño de formato cuadrado que tenía por título: «El camino al cielo para el hombre sencillo». El otro se titulaba: «La Práctica de la Piedad».

Bunyan siguió el oficio de su padre, que era el de hojalatero, y mientras andaba por las calles de Bedford en camino a su trabajo, con sus herramientas a la espalda, vió algunas mujeres de pobre apariencia, sentadas a la puerta de una casa bajo los rayos del sol. Una de ellas tenía en sus faldas una Biblia. Juan reconoció el libro y su conciencia volvió a redargüirle. Se detuvo un momento. Esas mujeres eran muy pobres, y ¿cómo se explicaba que sus rostros tuviesen una expresión de tanta felicidad? ¿Qué era lo que daba a sus ojos esa mirada radiante de gozo? Les escuchó mientras hablaban y le pareció que empleaban un lenguaje enteramente desconocido para él.

Pero al retirarse de allí, las palabras que había oído de labios de las mujeres fueron con él.

Se disiparon todas sus dudas y temores. Juan Bunyan, que por largo tiempo se había sentido convicto de sus pecados, había encontrado la salvación.

¿La prisión malogra el talento?

El encarcelamiento no ha perjudicado a los escritores. Demóstenes estuvo voluntariamente en una prisión estudiando moral; en una cárcel fue donde Boecio compuso su excelente libro «Consuelo de la Filosofía»; Crotius hizo en su prisión su comentario

sobre San Mateo, y la obra maestra de sus libros, sobre las Santas Escrituras; Buchman, en el calabozo de un monasterio de Portugal, compuso el bello párrafo de los Salmos de David, Pelissán, durante cinco años de prisión, volvió a sus estudios del griego, de Filosofía y Teología; Jerónimo Maquis, en el cautiverio, en Turquía, escribió dos tratados en latín, sin más recurso que su memoria; Esteban Zegedin, durante su cautiverio en Constantinopla, escribió libros de Teología; Miguel de Cervantes, aseguran que escribió el «Quijote» en la prisión; Oddi, geómetra italiano del siglo XVI, escribió en la prisión sus tratados matemáticos. Se valía de tinta, compuesta con carbón machacado y hollín diluido en agua, usando por pluma una caña. Sus manuscritos se conservan en la Biblioteca Vencenzi, en Urbino.

Un aventurero llamado Samuel Gringalet fue en 1702, encerrado en la Bastilla como supuesto espía de Holanda; durante su detención, que duró hasta 1713, compuso un libro muy raro que se intitula «Reflexiones piadosas inspiradas en la Bastilla a Samuel Gringalet sobre cuatro preguntas: ¿Qué soy? ¿Dónde estoy? ¿Quien me ha traído? ¿Y por qué? Ensayos filosóficos y teológicos para llegar a la perfecta comprensión de todos los misterios incluidos en la Santa Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento».

Francesco y Rosa, toscano y romana. Dos fieles siervos de Jesucristo. A Francesco le mandó al infierno un cura por haber comido carne... pero él creyó a su Salvador. Matrimonio feliz y apacible, su matrimonio cristiano no era como una llama, sino como una flor hermosa y fragante. La inquisición se ensañó en aquellos santos y los sepultó en sus calabozos. Condenados a cuatro años de trabajos forzados por ser cristianos, fueron libertados y desterrados a Niza en Marzo de 1853 hasta ser proclamada la libertad religiosa en Toscana en 1859 fecha en que regresaron a su patria envejecidos y enfermos por los sufrimientos. Amor, santidad, fidelidad... eran los envidiables adornos de un matrimonio modelo que dió su bienestar, su cariño y su vida por entero a Cristo.

Las doctrinas de los hombres

MATEO 13:52

Todo hombre que siga las verdades que nos dejó reveladas el Señor, hallará en ellas un tesoro incomparable para meditar en el misterio de la historia de la humanidad! La Roma pagana supo heredar la antigua sabiduría de Egipto, la posesión de Asia, la grandeza de Babilonia, el lujo y lujuria sin medida de Persia, y las letras y artes de Grecia; todo lo fueron copiando en Roma, para colocar a esta ciudad por encima de todas las demás, y declararla «la ciudad eterna».

De las ruinas de Roma, hoy existentes, la mayor es la del «Coliseo o anfiteatro Flavio», como suele llamarse. Se calculan en 12.000 los Judíos cautivos de Jerusalem, que trabajaron en la obra, después que Tito tomó y destruyó a esta ciudad. Ese colosal edificio, que se calcula que tuviese capacidad para que 100.000 a más pudieran ver aquellos horribles espectáculos. ¿Cómo fue inaugurado? y ¿para qué servía? Servía para que en él se descubriese la inclinación del corazón del hombre, que ni la sabiduría ni las artes ni las ciencias de los antepasados habían podido cambiar.

En las arenas de aquel coliseo fueron sueltas en un día cerca de 5.000 fieras, entre elefantes, tigres, leones, leopardos y serpientes, para que se destrozasen los unos a los otros, y así fuesen avivando más las pasiones crueles del hombre. La epístola a los Romanos nos da en su primer capítulo, referencias del estado degradado, pervertido e incurable del corazón humano; pero nos señala también un remedio o mejor dicho el único remedio: «Porque no me averguenzo del Evangelio de Cristo; porque es potencia de Dios para DAR salud a todo aquel que cree». Aquel colosal teatro, fue usado para divertirse viendo destrozarse a pobres seres humanos, cuando las fieras se echaban sobre las víctimas, y oír el horrible grito de dolor, y el crujir de sus huesos y la sangre derramada al comérselos las fieras: el Emperador preguntó a uno de los presentes en cierta ocasión: «¿Quién son estos vestidos de blanco? ¿Son cristianos!—fue la contestación—. Pues es muy divertido esto; parecían ratoncillos blancos: Tendremos más».

El coliseo de Roma fue obra del genio de un arquitecto griego. Su inauguración se celebró con una fiesta en donde había unos 80.000 de sus habitantes de Roma: el arquitecto estaba presente y no lejos del Emperador, dijo éste: «Estamos aquí para inaugurar este coliseo, y para honrar al arquitecto cuyo genio ha sabido dar forma a este grandioso edificio. Celebramos el triunfo de su genio entregando cristianos a los leones». ¡Qué espectáculo más espantoso! Pero de repente un impulso irresistible agitó el corazón del arquitecto. El amaba a Jesús, el Cristo, habiéndole aceptado como a su Salvador, y ahora estaba viendo a sus hermanos en la fe en la arena. ¿Qué va hacer? ¿Tendría el valor de confesar la verdad o no? «Yo también soy cristiano». Esta confesión bastó para que el arquitecto a quien festejaban fuese echado a la arena, donde tuvo la suerte de sus hermanos en la fe». ¿Qué poder ha cambiado el corazón del arquitecto? ¿Han meditado los teólogos y doctores en esta lección Divina?

En tantos siglos transcurridos y tanta cultura como se carece hoy en día, ¿Somos mejores que ellos? De ninguna manera: la última gran Guerra nos lo ha demostrado, quitando la careta del barniz de la civilización y qué diremos ¡de la que se está preparando! y de la violencia que se manifiesta por todas partes. Posible es que hayan muchos factores que impidan en la actualidad el ir a tales extremos; pero tenemos bastantes pruebas, de como las pasiones más viles se desatan, donde no haya resplandecido la LUZ del Evangelio. Hombres de nuestros tiempos, bien educados, con títulos académicos, han ido a Africa y allí han hecho de verdaderos «Nerones». No cambia el corazón, la ciencia, ni las artes, ni la cultura; el apóstol Pablo lo sabía por revelación y por experiencia propia. Este MILAGRO está reservado para el Eterno Evangelio de Cristo y éste crucificado por nosotros.

La Iglesia de Roma desatendió este punto esencialísimo del Cristianismo. Constantino, el grande, abrazó la religión cristiana en 311 de nuestra era y por este medio muchos paganos se hicieron cristianos, corrompiendo así la Iglesia: Apo. 17:8. «la bestia que era y no es, aunque fue». La herejía arriana; que consiste en negar la divinidad y la consubstancialidad del Verbo, negando la trinidad; fue obra de uno que «sube por otra puerta, el tal es ladrón y robar» Juan 10:1. Este célebre heresiarca, fue llamado a Constantinopla por el Emperador Constantino, que le había nombrado «patriarca de Alejandría, donde iba a entrar en triunfo y murió súbitamente en 336; pero las doctrinas arrianas eran profesadas en España en el siglo VI, y la Roma Papal, encontró en «Recaredo, rey visigodo», un segundo «Constantino» y así hizo la unión de la Iglesia con el Estado—no importaba que este rey entrase, pisoteando la Constitución—: «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»; no son palabras del Señor, como las que dicen, «tu eres Pedro», para los romanistas. Un ejemplo muy interesante y reciente: un cierto rey tenía una protestante para enseñar a sus hijas, y un

día se tocó el asunto de la fe, el rey dijo: «Si mi pueblo fuese la mayoría protestante Yo sería también protestante». La conversión de estos tres reyes—sería prudente el ponerla en cuarentena, para saber de que puete vienen—Roma no busca esto.

El texto que encabeza este artículo nos da la clave; hemos tratado de «cosas viejas» y ¡las «nuevas» cómo andan!!! Hombres llamados cristianos, escriben y enseñan doctrinas de error, —toman un texto de la Biblia, según su fantasía, y lo presentan como un BRILLANTE y con él fascinan a las almas y en realidad es un fondo de vaso—. Llevamos XIX siglos con el legado del Glorioso Evangelio de Cristo y en toda la trayectoria recorrida ¡Cuántas interpretaciones discrepantes Dios mío! Pero en estos últimos tiempos ¡Cuántos son los que toman la Biblia, para apoyar sus respectivos puntos de vista! ¡Ah los prejuicios!

Recordad «aquella serpiente antigua» con que maestría va socavando la «inspiración Divina» de todas las Sagradas Escrituras, y negando insidiosamente las siguientes verdades reveladas por nuestro Salvador y maestro Cristo-Jesús. Mateo 13:42; 18:8; 25, 41, 46 y Marcos 9:44, y 2 Pedro 3; 11-18.

Estos pasajes nos hablan de derecha e izquierda; no hay más que estos dos lugares; no cabe el preguntar ¿en cuál estamos? 1 Juan 1:9. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad. ¡Oh qué amor! Gloria al Señor.

C. R. L.

No existe asunto alguno en que el pueblo católico conozca, menos y más inexactamente, que con referencia al Protestantismo. Cuanto más conozco la sinceridad, celo, honradez y devoción de algunos católicos, más convencido estoy de que el ochenta por ciento de los mejores abrazarían el Protestantismo, como forma más pura y más cristiana que el Romanismo, si llegaran a conocer en toda su integridad y pureza, el verdadero Protestantismo. Es, no sólo una forma religiosa más pura, más sencilla y más cristiana que el Romanismo, sino también, la única forma verdaderamente evangélica que mejor y con más propiedad, merece el nombre de Iglesia verdadera de Cristo.

JUAN ORTOS GONZÁLEZ
(ex-franciscano)

¿Por qué escupe el fumador?

Dios en su infinita bondad y providencia divina, ha colocado en el fondo bucal dos saquitos o bolsas que como buenos centinelas tienen la misión de cuidar que no entre en forma gaseosa, líquida o sólida nada que pueda dañar la garganta, el estómago, el cerebro o cualquiera entraña del cuerpo, por eso es que cuando el hombre huele, prueba o bebe algo dañoso, en el acto siente la necesidad de escupir, porque esas glándulas han secretado un líquido espeso, pegajoso, de mal gusto, que él se ve en la necesidad de arrojar lejos de sí, y como el tabaco es una yerba picante, amarga, venenosa, por eso es que las glándulas defienden admirablemente al hombre haciéndolo escupir, y escupir aún después de haber concluido su cigarro; porque entonces estos buenos policías tratan de que el fumador enjuague sus paladares, sus dientes, su lengua y su campanilla, de manera que el hombre recobre la preciosa facultad del gusto, que pierde naturalmente con el sabor de la nicotina, que contiene siempre el tabaco y que mataría al hombre si la tragara.

Pero como el fumador ha escupido cuatrocientas veces en el día, resulta que cuando llega a la mesa, las glándulas que también tienen el encargo de mezclar su linfa con cada bocado que el hombre traga, preparando así la digestión, porque al masticar la comida esos saquitos despiden una substancia que viene a servir como de primer cocimiento de los alimentos; decimos esos centinelas no han podido cumplir con todo su deber, e.t.n. cansados. ¡Cuatrocientas escupitinas es demasiado! Por consiguiente el líquido que han fabricado para la comida es escaso seguramente. ¿Qué sucede entonces?

Que el estómago que también proporciona un líquido para la

digestión, al ver que su dueño corre peligro, se pone a trabajar para obtener el jugo necesario para una buena digestión.

Pero como este caso se repite no un día, ni una semana o un año, sino por muchos años, resulta que como se cansaron las glándulas se cansa el estómago, se debilita naturalmente, y quien dice debilidad del estómago dice indigestiones, jaquecas, desajustes del hígado, del corazón, en fin, de todo el fumador infeliz.

Por supuesto que si en lugar de fumar el hombre mastica tabaco, entonces el trabajo de defensa tiene que ser más fuerte, y en prueba de esto vemos en derredor del masticador de tabaco, un lago, por decirlo así, de la saliva que tienen que elaborar las



glándulas bucales, para cumplir en su puesto de defensa.

Imaginemos lo que sucederá cuando como sucede multitud de ocasiones, el fumador es gálico, tísico, leproso o tiene cualquiera otra enfermedad horribilmente contagiosa de las que padecen los fumadores; entonces podemos decir que por donde quiera que pasan llevan el peligro del contagio, por eso el Código Sanitario del mundo, prohíbe terminantemente que se escupa en los lugares de concurso. En cambio, ¿qué ventajas o qué ha ganado el fumador? 1. Gastar con perjuicio suyo y de los que le rodean un considerable capital. 2. Perjudicar su salud, porque a pesar de los buenos oficios de sus glándulas siempre se manchan sus dientes, se pudren y los pierden prematuramente, buscándose con esta pérdida otros muchos males mayores todavía. 3. Adquiere un aliento repugnante. 4. Se predispone al uso de bebidas embriagantes; porque el tabaco y el licor en multitud de casos se hayan juntos, y finalmente se hacen esclavos los fumadores de su vicio que los subyuga enteramente. ¡Por estas razones debéis dejar de fumar!

La sombra del vampiro

«El jesuita, disfrazado de manso cordero, entrará en vuestra casa; más cuando descubra vuestros más íntimos secretos, si intentáis deshaceros de su tutela, veréis al cordero convertirse en león, quien os humillará con las garras de la amenaza, con aquellos secretos de vuestra vida que sólo él logró descubrir. ¡Temblad ante la sombra del que se disfraza según las circunstancias! Los jesuitas, hombres vampiros, se apoderarán de vuestro dinero; ellos enseñarán a vuestros hijos el parricidio y os robarán el amor de vuestras esposas llevando por estos medios la guerra a vuestros hogares, pues saben que dividiendo el parecer de una nación o de una familia, tienen segura la victoria. Su máxima es: divide y vencerás; su religión: recoger mucho dinero, dominar las conciencias y dirigir el timón de la vida...»

Los jesuitas mandaban y mandan

El ex-rey tiene que pasar una pensión de 250.000 pesetas anuales a su esposa. Y oye misa todos los días para conseguir que Pío XI anule su matrimonio

Como es hartó sabido, los ex reyes don Alfonso y doña Victoria no están a partir un piñón ni mucho menos. Sus comentadas divergencias han motivado la intervención

del tribunal de justicia inglés, que ha condenado al último Borbón a pagar la friolera de 250.000 pesetas anuales en concepto de pensión a su esposa, como consecuencia de la demanda por ella formulada, fundándose en la dote que aportó cuando se casó en «indisoluble lazo» con el nieto de Isabel II.

El Alfonso número 13 se ha conformado con la sentencia. Lo que más le preocupa, al parecer, ya que, por lo visto, le sobran pesetas, es conseguir que Pío XI le «desbendiga» la unión matrimonial para poder así quedar libre. Pero en el Vaticano, según se barrunta, no halla el Borbón todas las facilidades deseadas, puesto que allí entienden que una ex majestad católica, apostólica y romana está obligada a una mayor resignación cuando después de la luna de miel viene la de hiel.

Mas el esposo de doña Victoria no se da todavía por vencido ante la creencia de que el muy influyente jesuita «padre» Torres su confesor conseguirá que Pío XI conceda el divorcio. Y para hacerse de buen ver en el Vaticano y también en el Quirinal don Alfonso oye misa todos los días y visita, además, a Mussolini.

He aquí una noticia, que los diarios monárquicos «podrían muy bien reproducir en sus «Notas de sociedad».

(Cop.)

El lugar santísimo del templo de la vida

Si la vida, como alguien ha dicho, puede conceptuarse como un templo, acaso ese templo pueda tener muchos santuarios: lugar santísimo solo uno: el hogar.

El que por codicia o mala pasión va al matrimonio profana el santuario de la vida lo más sagrado del mundo, y natural es que, apesar de que quiera ocultarlo, le veamos arrastrando el cadáver de su alma.

Por el contrario, el que va al matrimonio por motivos puros, el que forma un hogar con miras desinteresadas y nobles, guiado por el amor verdadero, pronto observa que en ningún sitio como en el hogar se puede ver el rostro de Dios, oír Su amorosa voz y sentir Su pródiga mano cargada de bendiciones mostrando horizontes de eternidad bendita.

Fray Luis de León nació en 1528, en Belmonte; a los 14 años comenzó a estudiar en Salamanca, donde en 1543 tomó el hábito Agustino. En 1561 ocupó la cátedra de Teología escolástica. Por dar más autoridad al texto hebreo de las Sagradas Escrituras que el de la vulgata, tener ascendencia judía a haber traducido el Cantar de los Cantares, fué en 1572 preso por la Inquisición en cuyos calabozos permaneció hasta fines de 1576, reanudando inmediatamente sus tareas universitarias con aquella célebre frase «Dic:bamus es terna die» (de íamos ayer) con lo que dejó chafados a los muchos curiosos que habían acudido ávidos de escuchar una vehemente y acaso comprometedorá justificación.

Todas sus obras son interesantísimas. «Los nombres de Cristo» no debieran faltar en ningún hogar cristiano.

CLERIGALLAS

Efectos de los sermones clericales

Como el tiempo está muy bueno hoy me dió por madrugar y frente a los franciscanos en un banco fuí a parar.

Observé que las campanas llamaban con ronco son a los fieles que quisieran escuchar un buen sermón.

Entraron muchas señoras con vestidos de crespón y así que también entraron señorones de bastón.

Mucho interés demostraba el gentío santurrón en aparentar al mundo tener mucha religión.

En esto un amigo mío por casualidad me vió, y acercándose me dijo: ¡Qué farsantes, santo Dios!

Allí va Don Salustiano, Don Servando y Don Amer,

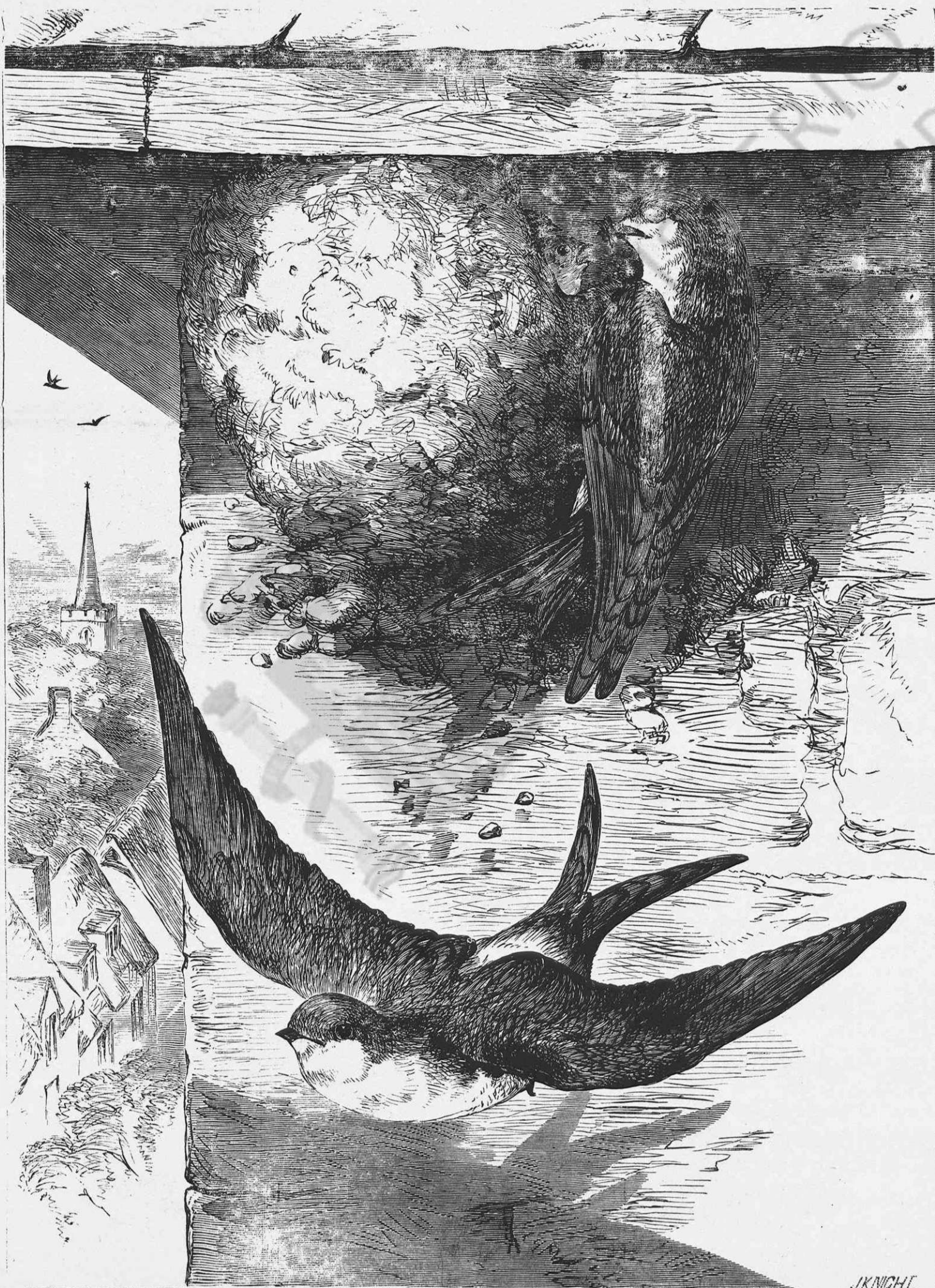
D.^a Esperanza y sus hijas
y Don Juan el herrador...
Mo importa que Salustiano
dé dinero en prestación
con usura manifiesta
al tanto la operación,
Ni importa que Don Servando
en unión de Don Amor,
exploten con sus industrias
al pobre trabajador.
Ni importa que a las criadas
de Don Juan el herrador
les guarden el pan con llave
dentro del aparador...
Unos cuantos jovenzuelos,
fascistas de filiación
entraron, muy reverentes

a escuchar el tal sermón,
No importa que al otro día
enarbolando un bastón
todos salgan a la calle
dando vivas al borbón...
El trasnochador Don Pedro
en su automóvil llegó,
al que nunca con su esposa
por la calle se le vió.
Y así sucesivamente
iban entrando, ¡qué horror!
gentes de todas las clases,
de lo malo lo peor.
Me levanté del asiento
asqueado de verdad,
pues soportar no podía

tan tremenda indignidad.
Más, oh, lector todavía
te diré lo que yo oí
de labios de una beata
que por la calle seguí.
Al despedirse de Julia,
su amigueta de sermón,
la beata le decía
con la mejor intención:
—El cura que predicaba
Julita me ha *entusiasmao*;
el cura de esta mañana
es un cura muy *salao*.
—Adiós, Julia, hasta mañana,
y se metió en el portal,
no saludó a la portera
por ser costumbre habitual.

Tan solo si que la dijo
en tono de Mariscal:
—Los pobres que aquí se acerquen
que no pasen del portal.
=

¿De qué les vale, ¡Dios mio!
el sermón tan elocuente,
si el mundo sigue peor
y el pueblo no se arrepiente?
¿Sabe alguno las razones
de este mal tan cotidiano?
Es que oyen mis sermoues
pero el pueblo no es *Cristiano*.
PABLO VIDAL.
León 1935.



LAS GOLONDRINAS

Después de algunos meses,
las lindas golondrinas
amigas y vecinas
son hoy en nuestro hogar,
humilde y agradable,
¡redilecto, escogido,
¡para colgar su nido
donde han de pocrear.

Sus rítmicos acentos
tranquilos y sonoros,
en mil alegres coros
forman tan grato son,
que el alma se extasia
en suaves emociones
oyendo sus canciones
con gran delectación.

Alegres y risueñas
en las bellas mañanas
al pie de la ventana
repiten sin cesar,
preludios matutinos
en estrofas sencillas
con dulces vocecillas
y unísono cantar.

En nuestro patrio suelo
posan muy familiares
viviendo en los hogares,
¡vi la grata, feliz;
sonrientes, confiadas,
llenas de rico gozo,
y supremo alborozo
libres de odiosa lid.

Los chicos más travisicos
respetan, muy formales,
placenteros, leales,
como única excepción;
estas aves cantoras
que en las bellas mañanas
al pie de las ventanas
entonan su canción.

¡Cuán bueno y deseable,
amados niños, fuera
tratar de tal manera
a todas por igual!
queriéndolas a todas
con amable dulzura,
pues todas son hechuras
del Padre celestial.

N. G.

Visado por la censura

Imprenta Ampurdanesa, Tins 5-Figueras

J.K. NIGHT.